

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrása y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

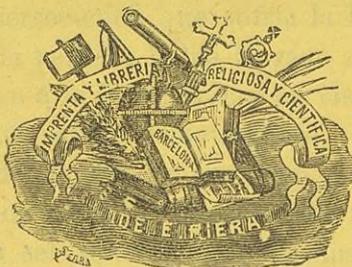
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 55.

acompañado de la emperatriz Placidia, su madre, y de su esposa, que, lo mismo que la de Teodosio el Joven, se llamaba tambien Eudoxia, los cuales habian dejado Rávena, para ir á orar en la fiesta de san Pedro sobre la tumba de los santos Apóstoles. Encontrábase la familia imperial postrada de rodillas levantando fervorosa súplica al primer Pontifice, cuando entra san Leon revestido de sus hábitos pontificales y seguido de multitud de obispos congregados en Roma para un Concilio. Los emperadores se levantan al acercarse el cortejo pontificio, á fin de saludar al sucesor de san Pedro. San Leon, despues de corresponder á los saludos de la familia imperial, toma la palabra, y obedeciendo á la inspiracion del momento, aquel Papa, que era siempre elocuente, habló aquella vez con una elocuencia á la que la majestad del orador y del auditorio, lo imponente del acto revestia de una fuerza y una emocion toda par-



PARTIDA DE LOS PRIMEROS CRUZADOS.

ticular. Ya no era con frases enérgicas, era con lágrimas como Leon describía la magnitud de los peligros, lo funesto de la persecucion que sufría la Iglesia á consecuencia del vandalismo de Efeso y del modo como la perfidia había logrado sorprender la religiosidad de Teodosio, los peligros que amenazaban á la fe verdadera en vista de la deposición de Flaviano, y de una larga serie de atentados que venían cometándose.

Las emperatrices, el Emperador mismo no pudieron contener las lágrimas.

San Leon, extendiendo la mano sobre la tumba de los Apóstoles ante los cuales acababan de orar, les conjura por su propia salvacion y la de Teodosio, en nombre de aquellos restos venerandos, á que se interesen con el Emperador de Oriente á fin de que procure reparar por su parte el escándalo de lo sucedido en Efeso é interponga su accion para poder reunir en Italia un Concilio de todos los obispos del mundo y examinar y fallar el asunto con toda imparcialidad y acertado criterio.

El pueblo mismo, presente á aquel acto, deja oír sus súplicas para que se realicen los votos del papa Leon el Grande.

El Emperador y las emperatrices se apresuran á cumplir semejante encargo.

El Papa por su parte pide á Teodosio que acepte la reunion del Concilio. Teodosio, dominado por Eudoxia y juguete del eunuco Crysafio, contesta que el Concilio se había reunido

ya en Efeso, que lo que en él quedaba resuelto tenía el carácter de cosa juzgada, y que no había que insistir más sobre el asunto.

Al fin Teodosio empezó á conocer la fatal senda en que se encontraba. Volvió á leer las cartas que el Papa le había dirigido, llenas de solicitud paternal hacia el Emperador y de celo hacia la Iglesia, atendió á las instancias de su santa hermana Pulqueria, y se espantó al contemplar la profundidad del abismo á cuyo borde le había conducido, ya que no su malicia, al menos su debilidad. Teodosio advirtió severamente á su mujer Eudoxia, una de las principales causantes de aquellas agitaciones, y consagró los postreros días de su vida á actos de piedad. Convirtió en un templo magnífico la hermosa sinagoga que los judíos poseían en una de las mejores plazas de Constantinopla, y la enriqueció con los más espléndidos adornos y en particular con el ceñidor de la Virgen, preciosa reliquia guardada y venerada con gran respeto y emprendió más tarde una peregrinacion á Efeso, á fin de visitar la iglesia de San Juan Evangelista.

Poco despues, estando de vuelta en Constantinopla, hallándose en una partida de caza, corriendo su caballo á todo galope cayó con tan mala suerte, que murió á consecuencia de la caída el 29 de julio del 450.

Á la muerte de éste, empuñó las riendas del gobierno su hermana Pulqueria.

De entre aquella raza degenerada de Teodosio el Grande en que los hombres no eran más que mujeres, esta mujer supo ser un hombre.

Había dado á conocer ya Pulqueria sus dotes para el gobierno á la edad de diez y seis años en que ejerció la regencia.

Aunque sus padres Arcadio y Eudoxia habían sido dos azotes para el imperio, Pulqueria estuvo destinada á levantarle de su degradacion.

Muy jóven había hecho voto de virginidad, ratificándolo públicamente por medio de una ofrenda que hizo á la iglesia de Constantinopla, consistente en riquísima mesa de oro centelleante de piedras preciosas, en cuyo frontal mandó grabar una inscripcion en la que constaba el ofrecimiento de su pureza á Dios.

La muerte de su hermano y su proclamacion de Augusta, Emperatriz y señora del mundo, hecha por los pretorianos, la sorprendió en su soledad de Hebdomon, á donde se había retirado huyendo de las envidias de la corte, dedicándose allí á la vida monástica.

Subida al poder imperial, la que sabía ser santa supo ser emperatriz. Al influjo de su elevada política el imperio cambiaba de aspecto, parecía como que se levantaba de las ruinas en que venía hundiéndose despues de tantos desastres.

Lo que otros gastaban en el fausto de la corte, ella lo empleó en beneficio del pueblo. Enterábase de los menores detalles de la administracion, dirigíase personalmente á los agentes del gobierno, decretaba leyes, reformaba las que creía defectuosas y ahogaba cualquier conato de rebelion, apoyándose en el amor y entusiasmo de sus súbditos.

En las horas de peligro para la patria ella misma se constituye en el campo de batalla, se pone al frente de los ejércitos, reanima con su presencia el abatido valor del soldado, y si el jefe de los bárbaros, creyendo que allí gobiernan aún los eunucos, pide á la Emperatriz que le pague el tributo, Pulqueria responde con dignidad:—«El oro no lo tengo sino para los amigos; para los enemigos no tengo más que hierro.»

El papa san Leon la tenía en tal estima, que si cuando escribía á su hermano Teodosio, hombre débil, afeminado, explotado por una turba de eunucos, tenía que escribirle como á una mujer, en cambio á Pulqueria la escribía con el lenguaje con que se habla á los héroes. El Sumo Pontífice la consideraba como el escudo de la Iglesia y el sosten del sacerdocio; hé aquí por qué en cierta ocasion, viviendo aún su hermano le escribía:

«Si hubieseis recibido mis cartas anteriores, vos que nunca faltáis á la fe ni al santo ministerio, hubierais puesto remedio al mal que se ha causado.»

Apénas ascendida á la sede imperial, comprendiendo que el eunuco Crisafio deshonraba

la autoridad del imperio con sus fechorías y era causa de las funestas agitaciones de Oriente, donde ejercía una omnipotencia que nadie se atrevía á disputarle, se apresuró á entregarlo á los tribunales á fin de que fuese juzgado conforme á lo que prescribían las leyes.

Era bastante humilde para que no la impusiese aquella grandeza solitaria; y queriendo asociarse á un hombre que la ayudara á llevar la carga del imperio, tendió su mano al valiente y virtuoso Marciano, distinguido personaje en quien se reflejaba el talento, el valor, la piedad y la ortodoxia de la Emperatriz; pero con la condicion de que no la consideraría como una esposa, sino que la trataría como una hermana. Fué la primera cristiana que en la cima de la grandeza imperial conservó la virginidad en el matrimonio.

Marciano, que era por sus costumbres un santo, fué por su valor un héroe y por su política un padre de sus administrados.

Nunca el Estado fué más feliz, ni la Iglesia gozó de mayor libertad. El reinado de Pulqueria y de Marciano puede considerarse como la edad de oro del imperio.

Pulqueria y Marciano hubieron de ocuparse con preferencia de la agitacion religiosa que traía conmovido al imperio y trataron de acabar con los partidos de nestorianos y eutiquianos que lo destrozaban.

El Sumo Pontífice, léjos de encontrar resistencia, como en tiempo de Teodosio II, á la reunion de un Concilio, fué admirablemente secundado por los emperadores.

La carta que con este motivo escribió el papa san Leon, contiene, en términos que no pueden ser más exactos ni más precisos, la verdad sobre la cuestion que se venía debatiendo, cerrando la puerta á las exageraciones de nestorianos y eutiquianos.

«No podríamos sobreponernos al pecado y á la muerte, si Aquel que no podía ser retenido por la muerte ni manchado por el pecado, no hubiese revestido nuestra pobre naturaleza haciéndola suya. Él es Dios, porque escrito está: «En el principio era el Verbo.» Él es hombre, porque escrito está: «El Verbo se hizo carne.»

Señalábase al principio Nicea para la celebracion del Concilio; pero la Iliria, amenazada por los hunos, no ofrecía bastante seguridad. Se escogió, pues, la ciudad de Calcedonia, en la costa del Asia Menor, cerca de Constantinopla.

En esta asamblea, á que asistieron seiscientos treinta obispos, el Occidente estuvo representado por un pequeño número. No tiene esto nada de particular. Las calamidades que pesaban sobre el moribundo imperio de Valentiniano III no permitían á los obispos de España, de la Galia y de Italia abandonar sus puestos en aquella suprema crisis.

Los obispos orientales dieron grandes muestras de deferencia á Pascalina, obispo de Lilybea (Marsalla) en Sicilia, hombre sabio y grave á quien se concedió la presidencia de la asamblea en nombre del soberano Pontífice, á Bonifacio, presbítero romano y á Lucencio, legado del Papa.

Atendidas las violencias ejercidas en Efeso, tenía allí que plantearse una cuestion de justicia civil; no es extraño, pues, que asistieran los personajes más importantes de la corte de Bizancio, los que se colocaron en el sitio que se les designó al efecto y que se llamaba *escano del Senado*.

Á la primera sesion en que se examinaron las actas de Efeso, Dióscoro tuvo que comparecer como acusado.

Se empezó por recordar lo sucedido en Efeso, los legados del Papa obligados á ponerse en un sitio inferior, impedida la lectura de las Letras del Sumo Pontífice, ahogadas entre la gritería las protestas de Flaviano y de Eusebio de Dorilea, multitud de obispos horriblemente maltratados para obligarles á suscribir una sentencia que era una iniquidad.

Al llegar aquí los obispos orientales, exclaman:

—«Se nos apaleó, se nos hirió; los soldados nos abrumaron á golpes y á insultos.»

En la segunda sesion se leyeron las cartas del Sumo Pontífice.

San Leon, al prestigio de su autoridad añadía la de su persona. No se había sentado un

papa más grande en la suprema sede del Príncipe de los Apóstoles. Celoso por la propagación de la fe, lo era también por el cultivo de las letras; honrando con su amistad á los escritores ilustres de su época y siendo él mismo considerado como el Demóstenes de su tiempo.

Al escuchar la manera como san Leon formulaba la doctrina católica, la asamblea se manifestó satisfactoriamente conmovida.

De todos los puntos del Concilio oíanse salir exclamaciones como éstas:

— ¡Pedro ha hablado por boca de Leon!

— ¡Esta es la fe de nuestros padres!

— ¡Esta es la fe de los Apóstoles!

— ¡En esta fe creemos todos!

En la tercera sesión fué condenado Dióscoro, disponiendo el Emperador que pasase á vivir en Gangres, donde murió el año 454.

En la cuarta sesión algunos monjes egipcios reclamaron contra la deposición de Dióscoro; pero se les contestó:

— «Ha sido depuesto conforme á justicia. Dios mismo es quien anatematiza á Dióscoro.»

En la quinta sesión en que se formuló la profesión de fe opuesta al eutiquianismo, asistió el Emperador, quien, acompañado de sus oficiales de corte y de su imperial consejo, expuso la siguiente protesta:

— «Venimos á asistir á vuestra asamblea, no para ejercer aquí autoridad alguna, sino para amparar la fe.»

Gritos unánimes de ¡Viva el nuevo Constantino! ¡Vivan el religiosísimo Emperador y la Emperatriz ortodoxa! ¡Reinado largo y feliz para Marciano y Pulqueria! resonaron en todos los ámbitos de la sala conciliar.

Marciano, junto con la profesión de fe del Concilio, mandó promulgar la condenación de Eutiques, el cual moría poco después á la edad de setenta y cinco años.

Las agitaciones del eutiquianismo no terminaron con la muerte del heresiarca.

Del seno del Concilio de Calcedonia salió otro jefe de aquella turbulenta herejía: se llamaba Teodosio.

Teodosio había sido atraído á Calcedonia más que por un interés de fe, por un interés de curiosidad.

Era hombre de malos antecedentes. Convicto de cierto crimen por su obispo, había sido arrojado de su monasterio, y más adelante, acusado de sedición, fué apaleado en Alejandría, paseándosele por la ciudad en un camello.

No enmendó con estos castigos. Era hombre de carácter audaz, dispuesto á todo, pronto siempre á rebelarse contra la autoridad constituida. Por lo mismo que Eutiques representaba la rebelión, se proclamó su decidido partidario. Su temperamento era el más apto para usar el lenguaje y adoptar las violencias del demagogo; no es de extrañar, pues, que se captara gran popularidad entre las ínfimas clases sociales.

Apénas se pronunció en Calcedonia la condenación de Eutiques y de Dióscoro, Teodosio salió precipitadamente de la ciudad y corrió sin perder momento á sublevar la Palestina. Veíasele andar como un energúmeno de pueblo en pueblo, de monasterio en monasterio, de desierto en desierto.

— La fe acaba de ser anulada por el Concilio, decía gesticulando con todo el calor de un tribuno. El Concilio acaba de establecer que hay dos Hijos, dos personas, dos Cristos. Dióscoro, nuestro protector, ha sido depuesto; Eutiques, nuestro amigo, nuestro hermano, el venerable archimandrita, ha sido declarado hereje y desterrado. Cuando se arroja de la Iglesia á personajes tan dignos, con ellos se arroja la justicia. Juvenal, este Juvenal, obispo de Jerusalem, que en el Concilio de Efeso se declaró tan pública y solemnemente en favor de Eutiques, que reconoció su doctrina como única verdadera, obedeciendo á las autoridades del día, ha apostatado.

Cuando logró excitar los ánimos, aprovechándose de la efervescencia que supo producir, les manifestó que era preciso que trataran de defenderse y apelar á la fuerza.

Encontró resuelto apoyo en la emperatriz Eudoxia, viuda del emperador Teodosio II, quien le recibió en su palacio, incitándole á avivar el fuego de las discordias religiosas, y uniendo á su partido á multitud de monjes á quienes la emperatriz viuda sostenía con sus liberalidades.

Miéntas las masas eran presas de la mayor exaltacion, Juvenal llegaba á Jerusalem, de vuelta del Concilio de Calcedonia. Apénas se hubo difundido entre el populacho la noticia del regreso de Juvenal, produjose en la ciudad una conmocion indescriptible. Los solitarios, pervertidos por Teodosio, abandonan en tropel sus celdas, la cólera se pinta en sus semblantes, un odio feroz arma sus brazos, aquellos coros que debían pronunciar plegarias, entonan cantos de guerra y de venganza.

—¡Juvenal es un traidor, un apóstata!

—¡Es un obispo indigno de ocupar su silla!

—¡Es menester que nos dé cuenta de sus actos!

—¡El que en Calcedonia se retractó de lo que hizo en Efeso, es preciso que en Jerusalem se retracte de lo que ha hecho en Calcedonia!

Estos ó semejantes gritos se oían por todas partes.

Juvenal pudo salvarse del furor de las masas, huyendo de noche y refugiándose en Constantinopla.

El motin triunfa en la ciudad. Jerusalem se parece á una plaza que acaba de tomar por asalto el enemigo. Realizanse con el partido contrario las venganzas más feroces; lo que no puede el hierro lo logra la tea incendiaria; se abren las cárceles soltando á los facinerosos.

Buscan al obispo Juvenal por todas partes. Furiosos de no poder dar con él, los rebeldes asesinan á Severiano, obispo de Scytópolis. Se maltrata á las mujeres mismas de una manera salvaje.

Un diácono que se llamaba Atanasio tiene el valor de decir á Teodosio, hallándose en el templo:

—Deja de hacer la guerra á JESUCRISTO y de ahuyentar su rebaño, y persuádate de la afeccion que nosotros profesamos á nuestro venerable pastor.

No bien acaba de pronunciar esta frase, cuando los satélites de Teodosio se apoderan de él, le arrastran fuera de la iglesia, y despues de someterle á bárbaros tratamientos, le aplastan la cabeza. Su cadáver es arrastrado por toda la ciudad y echado despues á los perros.

No fué este el único rasgo de valor en arrostrar el martirio.

Vivía por aquella época en Palestina un santo á quien sus extraordinarias austeridades rodeaban de popular aureola: llamábase Eutimio y pertenecía á una ilustre y antigua casa de la pequeña Armenia. Distinguióse desde muy niño por su sólida piedad; y apénas ordenado de sacerdote recibió la investidura de superior general de todos los monasterios de la diócesis en que habitaba.

Su celda, por muy retirada que fuese, no lo era lo bastante para él, que deseaba vivir completamente aislado en las sublimidades del entusiasmo místico. Retiróse á otro lugar completamente desconocido.

Por la noche Eutimio subía á la cumbre de la cordillera vecina, y allí, contemplando el universo tras del velo de sublimes misterios con que le cubren las tinieblas nocturnas, quedábase extasiado en elevadísima oracion, esperando la aurora del siguiente día.

Al lado de su celda no tardó en levantarse otra, y luego otra, y pronto otra más; y aquel desierto pasó á ser una laura (1).

Á los ejercicios de la piedad más sublime, añadía el trabajo manual, que consistía en ha-

(1) Conjunto de celdas ó clozas en que vivían los primitivos monjes que no habitaban bajo un techo comun.

cer cestos. Esto le daba lo suficiente, no sólo para atender á sus necesidades, sino para proporcionar socorros á los pobres.

La laura había crecido demasiado: Eutimio y otro monje llamado Teoctista van á esconderse en una caverna, por la parte de Jericó.

Vino un día en que se les descubrió en aquel escondrijo. Multitud de personas virtuosas se presentaron al santo monje, pidiendo la honra de ser aceptados como discípulos suyos.

Después de mucha resistencia, consintió al fin, y lo que era una cueva desconocida, se convirtió muy pronto en poblado monasterio.

Eutimio, para no distraerse de su vida de contemplación, no gobernaba personalmente á los monjes, sino que, viviendo él en una ermita separada, iban allí los superiores los sábados y domingos á recibir sus órdenes.

Logró convertir á la fe verdadera á Aspabete, príncipe árabe é idólatra, y á multitud de sarracenos que estaban á las órdenes de éste. Juvenal le consagró obispo de estos nuevos cristianos.

Tenía el poder con su fama de convertir en sitios concurridísimos las mas ásperas soledades. A Eutimio le vemos siempre buscando la soledad y la soledad huyendo de él. Otra vez huye y se esconde en el desierto de Rouba, llamado hoy el *Desierto de la Cuarentena*, por creerse que fué allí donde el Señor ayunó por espacio de cuarenta días. Más tarde, con uno de sus discípulos, llamado Domiciano, se dirige á las márgenes del mar Muerto, y después á la cima de una montaña aislada, donde encuentra un pozo y las ruinas de un viejo edificio, con cuyas piedras construye un oratorio. De allí pasa al desierto de Zyfon, donde se encierra en una gruta. Todas las precauciones eran inútiles: donde se situaba Eutimio allí crecía inmediatamente un monasterio.

Por medio de sus consejos y de sus ejemplos, Eutimio, no sólo enseñaba la senda de la perfección á aquellas legiones de santos, sino que trabajó asiduamente en preservarles del contagio de los errores de Nestorio y de Eutiques.

Ya se comprenderá que la influencia de Eutimio no era del gusto de Teodosio, y que creyéndole demasiado poderoso como adversario, probó por todos los medios el tenerle por amigo. Envióle dos abades; Elpido, discípulo y sucesor de san Pasarion, y Geroncio, que estaba al frente del monasterio de Santa Melania. Eutimio les contestó con firmeza:

—Líbreme Dios de hacerme cómplice de los errores y los crímenes de Teodosio.

Elpido y Geroncio le dicen:

—Entonces será fuerza que aceptemos el dogma de Nestorio autorizado por el Concilio de Calcedonia.

—En estas soledades, contesta Eutimio, yo no me he detenido á leer en su integridad las actas del Concilio; pero según mis noticias, no hay en ellas cosa alguna que censurar.

Inmediatamente Eutimio, con una rectitud de criterio que no podía esperarse del hombre que vivía alejado del mundo y que se ocupaba poco del estado de las ciencias eclesiásticas, entró á exponer el dogma de las dos naturalezas con razones tan sólidas que Elpido se rindió á la fuerza de la verdad expresada con una elevación en que el hombre de la soledad se manifestaba de mucho superior al hombre de la cátedra.

Teodosio no se dió por vencido y continuó enviando sus agentes á Eutimio. Éste dispuso que en adelante los enviados de Teodosio no fuesen recibidos en ningún lugar que dependiera de su dirección.

No fué sólo Eutimio el que supo constituirse superior á los halagos como á las amenazas.

Lo propio sucedió á Gerásimo, quien después de haber seguido á Teodosio en su error, encontrando en Eutimio el modelo del verdadero monje, se separó de la pandilla de disolutos que iban en pos de Teodosio y se proclamó fiel á las decisiones del Concilio de Calcedonia.

Á un cuarto de hora del Jordan, Gerásimo levantó una laura y un monasterio. Sus monjes permanecían solos durante cinco días, desde el lunes al viernes. Al salir dejaban la puerta

abierta para manifestar que no había nada allí de que los demas no pudiesen servirse, si lo necesitaban.

Gelasio defendía también el Concilio de Calcedonia contra Teodosio. Éste fué á encontrarle personalmente en su monasterio. Nada consiguió. Cuando el motin de Jerusalem, hizo llamar, y valiéndose primero de caricias y despues de amenazas, pudo lograr de él que entrara en el santuario. Allí le dijo:

—Anatematizad á Juvenal.

Gelasio le contestó con calmada firmeza:

—Es el obispo de Jerusalem; yo no reconozco otro.

Teodosio manda que le echen de la iglesia.

Los eutiquianos se apoderan de su persona, le colocan sobre un monton de leña, y le amenazan con meter fuego allí. Al ver que nada es capaz de intimidarle, le dejan libre por temor al pueblo, entre el que gozaba de gran reputacion.

Un rasgo de este monje nos dará á conocer su desinterés. Poseía un libro en pergamino que contenía el Viejo y el Nuevo Testamento y que valía diez y ocho sueldos de oro. Lo colocó en la iglesia á fin de que pudieran leerlo todos los hermanos. Una persona extraña lo robó, y el venerable anciano, al aperebirse del robo, en todo pensó ménos en perseguir al culpable.

El ladron se dirige á la ciudad, trata de venderlo y pide por él diez y seis sueldos de oro. Uno que quería hacerse con él quiso consultar ántes á Gelasio, el cual le dice:

—Compradlo. Es un buen libro y vale más de lo que os piden por él.

El comprador dice al ladron:

—Acabo de enseñar el libro al monje Gelasio. Lo encuentro caro. No vale el precio que vos pedís.

—¿Y no os ha dicho más que esto? exclama sorprendido el ladron.

—No más que esto.

—Ya no os lo vendo, dice con resolucion aquel hombre.

Se va á encontrar á Gelasio y le entrega el libro. Gelasio le dice que, cuando lo ha tomado, será que necesita de él, y que puede quedárselo.

—No. Yo os devolveré el libro y vos me devolveréis la tranquilidad de conciencia.

Aquel hombre fué en adelante un monje ejemplar que no se separó jamas de Gelasio.

Tales fueron los monjes que permanecieron fieles al Concilio de Calcedonia.

El papa san Leon escribía á los ilusos monjes que seguían el partido de Teodosio, diciéndoles:

«¿Qué habéis hecho de vuestras reglas de mansedumbre y de calma, de longanimidad y paciencia, de tranquilidad y de paz, de caridad y de valor en el sufrimiento? ¿Qué conviccion os ha extraviado, ó qué persecucion os ha separado del Evangelio de CRISTO? ¿Qué terrible astucia es la que ha hecho que olvidarais los profetas y los apóstoles, el símbolo de vuestro bautismo, para someteros á ilusiones satánicas?»

«Si para arrebatáros la integridad de la fe han bastado vanas ficciones de miserables herejes ¿qué no hubieran hecho entre vosotros las persecuciones sangrientas, los tormentos, los garfios de hierro, los verdugos? ¡Pretendéis obrar en favor de la verdad, y sin embargo combatís contra la verdad! ¡Os escudáis con el nombre de la Iglesia para desgarrar su seno! ¿Es esto lo que aprendisteis de los profetas, de los apóstoles, de los evangelistas?»

Doroteo, gobernador de la Palestina, al tener noticia de tantos desórdenes, deja la Arabia, donde hacía la guerra, y se dirige á pacificar aquel país. Al llegar á Jerusalem encuentra cerradas las puertas de la ciudad por orden de la emperatriz Eudoxia. Sólo cuando Doroteo promete adherirse al partido dominante en la poblacion es cuando se le permite la entrada.

Marciano envía á Jerusalem una fuerte guarnicion, se apodera de Teodosio, restableciéndose la paz.

De la Palestina la sublevacion pasó á Egipto.

Allí se había depuesto á Dióscoro para poner en su lugar á san Proterio. Al tener noticia de este hecho, el pueblo se amotina y estalla una imponente rebelion. Los soldados tratan de atajarla; pero las turbas furiosas se arrojan sobre ellos, introducen el desórden en sus filas y les obligan á emprender la fuga, teniendo que refugiarse en el templo de San Juan Bautista. Allí les cercan las masas, y manteniéndose los soldados fieles á su deber, el populacho incendia la iglesia, pereciendo aquéllos víctimas del voraz incendio.

Marciano castigó severamente los atentados cometidos en Alejandría.

Pudo creerse en un principio que ya no volvería á turbarse la paz; pero apenas muere el emperador Marciano, cuando estalla en Alejandría una nueva é imponente sedicion eutiquiana.

El sectario Eluro hace asesinar al obispo san Proterio y se adquiere una triste celebridad por una larga serie de violencias. El emperador Leon, sucesor de Marciano, se vió al fin precisado á poner coto á aquellos desórdenes enviando á Eluro á Gangres. Hasta encontrándose allí sobrecitaba á las gentes en favor de la herejía; en virtud de lo cual se le envió al Quersoneso.

Muerto el emperador Leon, su sucesor Zenon sacó á Eluro de su destierro.

Zenon fué destronado por Basilisco. Éste á su subida en el poder se inauguró con un edicto en que condenaba todo lo hecho en el Concilio de Calcedonia, y dispuso que fuera anatematizada la carta de san León. Basilisco se dió á conocer por sus arrebatos de perseguidor. Lo que no alcanzaba la deposicion, quería obtenerlo con el destierro.

Acacio, patriarca de Constantinopla, condenó la persecucion emprendida por el Emperador. El pueblo se declaró de parte del Patriarca y amenazó á Basilisco con incendiar la ciudad si no respetaba la persona de Acacio. Entónces Basilisco cambió de conducta, y de protector del eutiquianismo se convierte en su adversario.

Pero si él logró destronar á Zenon, éste le destrona á su vez, y sus primeros actos como emperador consisten en seguir en todo una política opuesta á su odiado rival; y si éste en el último período de su imperio se declaró contra los eutiquianos, creyó que él debía favorecerles.

Más adelante, al ver las ruinas que se hacinaban en el imperio á causa de las guerras religiosas, trató de crear un partido medio en que pudiesen fundirse católicos y eutiquianos. Tarea inútil: fué una tentativa más de transaccion entre la verdad y el error: los esfuerzos de Zenon no produjeron otro resultado que añadir una bandería más á las ya existentes, preparando un nuevo gérmen de divisiones.

Á Zenon sucedió Anastasio. Éste empezó por decir que no quería oír hablar más ni de eutiquianos ni de Concilio de Calcedonia, y que estaba dispuesto á castigar así á los que defendiesen la doctrina de Eutiques como á los que proclamasen la necesidad de aceptar el Concilio de Calcedonia, creándose de esta suerte un partido más, que se llamó el de los *inciertos ó vacilantes*.

No tardó Anastasio en manifestar su saña contra los católicos; y si bien no quiso romper resueltamente con ellos miéntras duraba la guerra de Persia, apenas ésta hubo terminado empezó á perseguir severamente á los adictos al Concilio de Calcedonia, elevando á los eutiquianos á los primeros puestos del imperio y de la milicia.

Macedonio, patriarca de Constantinopla, permanecía fiel á las decisiones del Concilio calcedonense. El pueblo tenía al Patriarca un grande aprecio y veneracion. Anastasio destró á él y á todos sus adictos. No contento con esto, hizo quemar las actas del Concilio de Calcedonia.

Un versículo del Trisagio dió lugar á nuevas coaliciones.

Al llegar el sacerdote al altar solía cantarse: «Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal.»—Un eutiquiano añadió esta fórmula: *Que has sido sacrificado por nosotros, libranos de todo mal*. Por el hecho de adoptarle los eutiquianos, la adición pareció sospechosa á los ca-

tólicos, por creer que los eutiquianos la usaban en el sentido de los *teopasianos*, que pretendían que la divinidad había padecido.

Al recitarse la nueva forma en la iglesia de Constantinopla, los fieles manifestaron su disgusto; pero hubieron de amoldarse á las exigencias del Emperador.

Entran un día en la iglesia unos monjes, y en vez de la nueva fórmula, recitan un versículo de los salmos. El pueblo de Constantinopla aplaude el proceder de los monjes y les vitorea, exclamando:

—¡Los ortodoxos han llegado en momento muy oportuno!

El templo se llena de un inmenso concurso y un nutridísimo coro, á que se asocia la gran concurrencia, empieza á cantar el verso del salmo en lugar de la fórmula sospechosa de eutiquianismo. Aquel canto fué como una señal de combate. Los eutiquianos, sin respetar el lugar sagrado, penetran en la iglesia, se interrumpen los oficios divinos, los dos bandos empiezan á denostarse, de los gritos se pasa á los hechos, empieza á correr la sangre, y turbas con hachas encendidas corren á incendiar edificios. El resultado fué perecer en la refriega más de dos mil personas.

Estos hechos encienden más y más el furor de Anastasio contra los católicos. La persecucion estalla con toda su fuerza, á unos el Emperador los halaga, á otros los persigue, á otros los somete al tormento valiéndose de fútiles pretextos.

Á fin de perturbar más y más los ánimos y exasperar las pasiones, reúne un conciliábulo en Sidon, con el que pretende condenar el Concilio de Calcedonia. Flaviano de Antioquía se niega á suscribir los acuerdos del conciliábulo y estalla en aquella capital un motin, corriendo en abundancia la sangre.

Flaviano es arrojado de la poblacion por los agentes del Emperador, colocando en su lugar á un furibundo eutiquiano que ejerce contra los católicos toda clase de tropelías.

En vista de lo que pasa se subleva en favor de los católicos un general de las tropas imperiales, llamado Vitaliano. Al enarbolar la bandera del Concilio de Calcedonia, agrúpanse en torno suyo multitud de adeptos. Atraviesa victorioso la Mesia y la Tracia, repone en su sede á los obispos adictos á la Iglesia, y se encamina con un formidable ejército hácia Constantinopla.

Anastasio no se cree con fuerzas para resistir á Vitaliano, y entra en tratos con él con la promesa de cesar en su hostilidad contra los católicos.

Al cesar el peligro Anastasio se olvidó de su promesa. No obstante, el eutiquianismo, si bien continuó subsistiendo como secta, ya no apareció en la historia con el carácter de persecucion. Fué en adelante la herejía eutiquiana un fuego que quedó envuelto entre cenizas, esperando que fuera á removerlas el viento de alguna nueva herejía de las que tenía siempre en reserva el Oriente.

IX.

Los arianos aliándose con los bárbaros para perseguir á la Iglesia.

Hemos indicado ya algo acerca las invasiones bárbaras, en las que nos es indispensable detenernos por encontrarse allí mezclado con la sed de sangre de aquellas hordas el odio al Catolicismo de la vieja secta ariana.

Entre aquellas tribus ninguna merece llamar la atencion como la de los hunos, que descendían como una avalancha de lo alto de los montes Urales (1) para aplastar al viejo mundo.

La historia no hace mencion de los hunos hasta á fines del siglo IV, en que, abandonando

(1) Cordillera que divide la Europa del Asia y se extiende desde el Océano Glacial Artico al mar Caspio.

sus campamentos en las orillas del mar de Palus-Mæotis (mar de Azof), arrojaron á los alanos y á los godos, que desde un siglo ántes se habían establecido en aquella region, extendiéndose hasta las márgenes del Danubio. De las tribus bárbaras, ninguna lo era tanto como la de los hunos.

Hijos de los bosques, habitantes de las estepas, traían en su carácter el sello de aquella naturaleza, marchaban á bandadas á manera de nubes inmensas de hombres, no temían la rudeza de la temperatura; así estaban curtidos para el calor como insensibles para el frío que con tal intensidad se deja sentir en la region de los hielos; eran indiferentes á la sed y al hambre, y si la naturaleza ni con su rigor ni sus privaciones no les levantaba obstáculos, ya se concebirá que no se habían de detener por los que les levantaran los hombres. No presentaban batallas en regla; pero el ejército más aguerrido no era capaz de resistir á aquella serie de ataques que terminaban un día para empezar al siguiente con nuevo vigor.

Eran hombres de atlética musculatura, cuello grueso. Para alimentarse no tenían necesidad de preparar una comida en el fuego; nutriáanse de raíces crudas, de yerba de los bosques, á lo que añadían la carne de los animales, pero sin la menor condimentacion. Jamas se abrigaban dentro de un techo; una casa les hacía el efecto de un sepulcro que les separaba de la vida de la naturaleza. Ni siquiera se amparaban en cabañas cubiertas de hojas; hubiera sido para ellos un lujo, una molicie que nadie habría tolerado. Si penetraban en una habitacion era sólo por necesidad, teniendo prisa en salir lo ántes posible de un sitio que estaban en la seguridad de que, á permanecer en él, se les había de caer encima. Sus vestidos eran hechos de pieles de animales. No tenían más que uno, que no se quitaban de encima sino al caer hecho pedazos. Iban montados en unos caballos pequeños, deformes, pero infatigables, á los que iban como pegados. Cabalgaban á manera de mujeres, y en esta postura entregábanse á sus tareas habituales, compraban y vendían, comían y bebían, y al llegar la noche extendiéndose sobre el cuello de su cabalgadura se quedaban profundamente dormidos como en la más mullida cama. La más ligera contradiccion les hacía levantar en armas, y al atacar á sus enemigos lo hacían en medio de un estruendo de gritos horripilantes. Dotados de una agilidad extraordinaria, su táctica consistía en desconcertar al enemigo, y, ora se dispersaban, ora volviendo á reunirse en inmenso número sin saber de donde salían, realizaban una espantosa carnicería. No gustaban de defenderse, pero sí de atacar; para ello, así se valían de la flecha como de la espada, y al ver al enemigo desconcertado arrojaban sobre él á manera de unas redes en que los envolvían y les arrastraban al galopar de sus caballos. Si se les preguntaba de qué tierra eran, no sabían qué responder. Concebidos en un país, nacieron en otro, se educaron en otro y vivieron en otro completamente distinto. Para ellos los tratados más solemnes eran como si no existiesen; no reconocían más deber que su instinto; al ambicionar una presa echábanse sobre ella sin consideracion á leyes ni á compromisos. Así rompían sus alianzas sin razon como volvían á formarlas sin motivo.

La inimitable pluma de Chateaubriand nos describe á Attila, jefe de aquellas hordas.

Los conductores de las naciones bárbaras estaban revestidos de algo de extraordinario como ellas. En aquella hora de derrumbamiento social Attila parecía nacido para ser el terror del mundo; uníase á su destino algo que inspiraba espanto; el vulgo tenía formada de él una opinion formidable. Su aspecto era altanero; su poder se descubría en los movimientos de su cuerpo y hasta en el brillar de sus ojos. Apasionado por la guerra, sabía, no obstante, contener su ardor; era prudente en los consejos, se hacía accesible á los que imploraban de él alguna gracia, y propicio á aquellos de quienes había recibido la fe. Su talla corta, su pecho ancho, sus ojos pequeños, su barba rala, todo, en fin, anunciaba en él el hijo de las selvas. Su capital era un bosque ó un campo. Los reyes que sometía se relevaban haciendo centinela en la puerta de su tienda. Cubría su mesa de manjares groseros, que comía en platos de madera, poniendo en manos de sus compañeros, como trofeos de victoria ó modelos del arte griego, los vasos de oro ó plata que caían en su poder.

Allí, sentado en rústico taburete, recibía á los embajadores de Roma y de Constantinopla, hallándose á su lado, no hombres de corte, sino bárbaros desconocidos que eran sus generales. Al encaminarse hácia la Galia consigo traía una legion de príncipes que, acompañando temblando á aquel comandante de reyes, esperaban su menor señal para ejecutar sus órdenes.

La becerra de un pastor se lastima entre unos pastos. El pastor descubre una espada oculta en la yerba y la lleva al jefe de los hunos. Attila la empuña, y sobre aquella espada proclama sus derechos al dominio del mundo, diciendo: «La estrella se pone, la tierra se estremece; yo soy el martillo del universo.»

Á este hombre la vanidad de los romanos le llamaba *general al servicio del Imperio*; el tributo que le entregaban pretendían que era su sueldo. Attila decía á este propósito: «Los generales de los emperadores no son más que criados; los generales de Attila son emperadores.»

Al entrar en Milan vió un cuadro en que los godos y los hunos estaban de rodillas ante los emperadores; Attila hizo pintar otro en que él estaba sentado sobre un trono é iban allí los emperadores cargados de sacos de oro que vaciaban á sus piés.

«¿Creéis, decía á los embajadores de Teodosio II, que puede existir en el mundo una fortaleza ó una ciudad si á mí se me antoja arrancarla de la tierra?»

Después de haber muerto á su hermano Bleda, envió dos godos, el uno á Teodosio en Oriente, y el otro á Valentiniano en Occidente, con este mensaje: «Attila, mi señor y vuestro, ordena que le preparéis un palacio (1).»

Vencer en Oriente le costaba tan poco que acabó por desdeñarlo, deseaba se le presentara ocasion oportuna para echar una horda ávida de saqueo y de sangre sobre los pueblos occidentales. Estas ocasiones, cuantas veces las buscan los hombres de guerra, las encuentran siempre.

Teodorico, rey de los visigodos, había casado una hija suya con un hijo de Genserico, rey de los vándalos. Éste, que era de carácter sombrío, de instintos crueles, llegó á sospechar que su esposa trataba de envenenarle, con cuyo pretexto la restituyó á su padre después de hacerle cortar la nariz y las orejas. Teodorico resolvió vengar el torpe ultraje que se le acababa de inferir en la persona de su hija, concluyó un tratado de alianza con los emperadores de Oriente y de Occidente y se preparó para atacar á Genserico. El rey de los vándalos, por su parte, llamó en su socorro á Attila.

Encontró además otro pretexto. Honoria, hermana de Valentiniano, emperador de Occidente, á consecuencia de su vida disoluta tuvo que dejar la corte de Rávena y se refugió en Constantinopla.

Cabalmente la corte de Bizancio estaba bajo la direccion de la santa emperatriz Pulqueria, lo que quiere decir que allí se ejercitaba la piedad cristiana hasta el punto de que el palacio pareciera un templo. No era aquella vida la que había de ser del gusto de Honoria, la que ideó un proyecto que sólo se concibe en una mujer que se encuentra en los últimos escalones de la degradacion. Honoria, valiéndose de un eunuco de su confianza, envía su anillo al rey de los hunos como símbolo del propósito que abriga de formar parte del tálamo nupcial del bárbaro.

Attila acepta y reclama una porcion de los Estados romanos como dote de su prometida. Se le contesta que las hijas no tienen derecho á la herencia del Imperio. El bárbaro dice á la vez que él sabrá tomarse lo que le rehusan.

Á estos pretextos añadía aún otro. Muerto Clodion, rey de los francos, el año 448, surgieron entre sus hijos hondas divisiones, y mientras uno de éstos, Moroveo, se aliaba á los romanos, otro, como era natural, buscaba un auxilio en los hunos.

Al invadir el Occidente, regueros de sangre, ciudades, pueblos, aldeas incendiadas señalaban el paso de los hunos. En Metz, por ejemplo, donde entran los invasores la víspera de

(1) Chateaubriand, *Études hist.*, t. II.

Pascua del 451, los sacerdotes son asesinados al pié de los altares, destacándose únicamente de entre aquel monton de ruinas el oratorio de san Estéban.

Un vendabal de otoño no desnuda los bosques de sus hojas con la impetuosidad con que los hunos desnudaban poblaciones, comarcas enteras, de sus sacerdotes y de sus vírgenes.

La historia, la tradicion, la liturgia guardará siempre el recuerdo del martirio de Úrsula y de sus compañeras.

Nos faltan detalles precisos sobre la vida y la muerte de esta multitud de heroínas, y esta misma carencia de datos fijos ha abierto más libre campo á la imaginacion de los pueblos cristianos, que en sus santos, en sus leyendas consignan el hecho de aquel triunfo tan espléndido de la virginidad y de la fe.

La tradicion no consigna de una manera clara el país donde procedía Úrsula, ni las razones que, junto con sus numerosas compañeras, le condujeran á Alemania. Lo que parece más probable es que, miéntras los sajones paganos todavía asolaban la Inglaterra, multitud de antiguos bretones huyeron de allí, dejando regiones enteras convertidas en desiertos, y buscando un asilo, los unos en la Armórica (1), y los otros en los Países Bajos. Entre estos fugitivos encontrábase una jóven ilustre, hija de un príncipe de la Gran Bretaña, y una inmensa multitud de otras jóvenes que en aquel periodo de terror se habían unido á ella.

Al hallarse los hunos cerca de Colonia, no encontrado allí masas de hombres con las que ensangrentarse, y no pudiendo decidirse á pasar sin dejar huella de su barbarie, quisieron satisfacer su brutalidad en aquella multitud de jóvenes, que prefirieron el sacrificio de su vida al de su virginidad. «Los bárbaros, dice la *Leyenda de Oro*, se echaron sobre aquella muchedumbre de vírgenes lanzando gritos feroces, y como manada de lobos que degüellan un rebaño las asesinaron. Al acercarse á santa Úrsula el príncipe de los bárbaros se detiene impresionado por su belleza, y para consolarla de la muerte de sus compañeras le propone casarse con ella. Úrsula se resiste resueltamente, lo que, tomándolo á desden, produce en el jefe bárbaro tal furor que la traspasa de un flechazo.»

Sobre los restos de aquella legion de vírgenes se levantó un templo, que era ya muy célebre en 643, cuando san Cuniberto fué nombrado arzobispo de Colonia. El arzobispo san Annon, en el siglo XI, pasaba noches enteras orando junto á aquellas tumbas. Desde el siglo XIII santa Úrsula venía siendo la protectora especial de la Sorbona, manifestándola la Universidad de Paris hasta la época de la Revolucion una devocion particular.

La Alemania ha consagrado espléndidas alabanzas á santa Úrsula y á sus compañeras. En un misal manuscrito de una de sus más antiguas abadías, se lee una secuencia, de la que copiamos los siguientes párrafos:

«Loor al Padre del Hijo Soberano, al Angel del gran Consejo, al Espiritu que envía los siete dones. La Santísima Trinidad colma de delicias y de belleza á su esposa; la reviste de traje blanco como el lirio en el cual brilla el purpúreo matiz de la rosa. La esposa está radiante de amor á la diestra del Rey, donde entona nuevos cánticos.

«Es Úrsula la amante del Rey de la gloria, la reina de la milicia virginal. La anhelaba un príncipe infiel. Éste con sus aménazas y sus caricias llega á imponer al padre de la virgen. Ella, con gran fervor de corazon, eleva una plegaria al cielo segun su costumbre. Aquella que es la Torre de la Fortaleza la alienta con sus oráculos.

«Ya está dado el consentimiento para las bodas; ya se reune numeroso ejército de vírgenes; ya se preparan los buques. La prometida recibe el bautismo; la virgen cristiana palpita de júbilo por la multitud de vírgenes que forman su cortejo.

«Pronto se lanzan á la mar sin piloto que guíe las naves. La flota camina al azar, pasa por Thil; de allí la comitiva llega á Colonia. Una vision las conduce á Roma, donde imploran se las libre de las emboscadas de sus poderosos enemigos.

(1) Designábanse con este nombre las provincias marítimas de los galos, y en particular la parte de la Galia que comprendía la Bre-taña actual y una porcion de la Normandía.

«Después de consultar al Pontífice, descíendese la corriente del Rhin. Los hunos al verlas volver se precipitan sobre ellas, las degüellan ferozmente, y esta augusta milicia cae ahogada en su propia sangre.

«Que el imperio se regocije por tantas perlas añadidas á su brillo, por tantos méritos con que se enriquece.»

La Iglesia de Colonia canta en estos términos á las santas vírgenes de que se enorgullece:

«¡Dichosa Bretaña que ha producido tantas vírgenes escogidas! ¡Afortunada Colonia enrojecida con su generosa sangre!

«Ursula, consagrada á Dios, la reina de este bienaventurado ejército, supo por medio de los ángeles, el futuro martirio de las vírgenes, sus compañeras. A tal noticia ellas se alegran, derraman lágrimas, adoran, alaban á Dios con corazón humilde, con piadoso canto.

«Encomiendan sus almas á CRISTO, desprecian al mundo; vírgenes prudentes, de común acuerdo preparan el aceite, alumbran sus lámparas. Oh Dios, verdaderamente admirable en tus santos, que hoy, con tu gracia poderosa, en un instante coronaste once mil vírgenes.

«Los hunos, nación feroz, bárbara, enemiga de todos los pueblos, inmola con rabia inaudita á aquellos corderos inocentes, rebaño del Señor.

«Aquí corrió á torrentes la sangre preciosa de aquellas mártires, aquí sus restos, santificando tu tierra, fueron tu protección. ¡Oh Colonia!

«Levántose el sitio, recóbrase la libertad, los enemigos huyeron, la ciudad se salvó por el mérito de las mártires.

«¡Alégrate, Colonia! ¡Triunfa, oh Bretaña! ¡Y tú también, ciudad de Roma, que las vírgenes visitaron con sus votos y sus corazones! ¡Que los santos palpiten de júbilo por este ejército de nuevas compañeras, y la Iglesia por esta legión de nuevas protectoras!»

Oponiéndose á la sangrienta invasión de la barbarie, encontramos otras figuras que merecen llamar nuestra atención: son san German y santa Genoveva.

German era un hombre de ilustre cuna, de gran talento, de vasta instrucción literaria y científica, que por su bien sentada reputación de persona de saber, de honradez y de valor mereció ser nombrado gobernador de la ciudad de Auxerre y jefe de sus tropas. Aunque por el bautismo, por sus ideas y hasta por su vida, merecía el nombre de cristiano, no obstante, obedeciendo á las exigencias de su posición y de su fortuna se entregaba á placeres y pasatiempos. Entre éstos, tenía afección particular por la caza, y gozando fama de cazador excelente, su vanidad de tal le inducía á colgar las cabezas de los ciervos y lobos que mataba en un gran peral que por su antigüedad la población le tenía una especie de veneración supersticiosa.

El obispo Amador, viendo en aquel árbol algún resabio de la vieja idolatría, instó en varias ocasiones al gobernador German para que lo mandase cortar, á lo que éste no se avino en manera alguna. En virtud de su negativa, aprovechando una ausencia del Gobernador, el Obispo mandó quitar todas las cabezas de caza que estaban suspendidas del peral. Encolerizóse German de lo que consideró como extralimitación del Obispo; y de las quejas pasó á las amenazas más graves. El Obispo, no creyéndose seguro en la ciudad, se retiró á Autun, aguardando á que se aplacara la cólera de German.

Poco después, Amador, vuelto á Auxerre, reúne á su clero y á su pueblo en su casa episcopal, encontrándose también allí el Gobernador, cuyo resentimiento se había cambiado, no sólo en benevolencia, sino en veneración hacia la persona de su Obispo.

En medio de la numerosa asamblea, Amador toma la palabra, y dice con conmovedor acento que, sabiendo que está cercano su fin, ha llegado la hora de escoger un sucesor. Dicho esto, se aproxima al gobernador German, al que, con gran sorpresa suya y de todos los concurrentes, le confiere la tonsura clerical, y revistiendo del hábito eclesiástico al que ostentaba el traje del guerrero, le administra también las Ordenes sagradas.

Algun tiempo despues, el 1.º de mayo del 418, Amador bajaba á la tumba, y el clero, la nobleza y el pueblo nombraban obispo por aclamacion á German.

Ya no fué el retiro del pastor, fué la más austera severidad del santo lo que constituyó su vida. Vendió todo su patrimonio, distribuyó su riqueza á los pobres, nunca permitió que se condimentaran sus comidas con sal ni aceite, elaborábase por sí mismo el pan despues de moler el grano con sus propias manos, y era su cama un hueco hecho en la tierra teniendo por colchon unas cenizas que el peso de su cuerpo habían endurecido como piedras.

Su casa estaba abierta constantemente para recibir y alojar á los que se presentasen en ella sin distincion de clases, siendo él mismo quien les servía en la mesa, y les lavaba los piés en memoria de lo que hizo JESUCRISTO.

Los herejes Pelagio y Celestio, arrojados de todas partes, habían ido á buscar un refugio en la Gran Bretaña, cuyos fieles pidieron á los de las Galias que fuesen en su socorro para librarles de la invasion de la herejía.

El Papa, de acuerdo con el episcopado galo, resolvió enviar á los bretones á German confiriéndole el carácter de vicario apostólico, asociándole á san Lupo de Troyes.

Al llegar al arrabal de Nanterre, cerca de Paris, los dos obispos, cuya fama de santidad era universal, obtuvieron un entusiasta recibimiento, siendo digno de mencionarse un hecho particular.

Entre la numerosa muchedumbre hallábase un rústico labriego llamado Severo, su mujer Geroncia, y una hija de siete años de edad. El Obispo llamó la atencion de los concurrentes sobre aquella tierna niña á la que la Providencia había de confiar grandes destinos. San German dijo á sus padres que la acercasen á él, y despues de acariciarla tiernamente, preguntó por su nombre.

— ¡Genoveva! ¡Genoveva! dijeron varias voces á la vez.

San German, dirigiéndose á sus padres, exclama en actitud profética:

— Esta niña será un día el modelo de los hombres.

San German le da su bendicion, y al entrar en la iglesia de Nanterre seguido de todo el pueblo, durante el canto del rezo divino, el santo Obispo tiene su mano extendida sobre la cabeza de la niña.

Despues, viendo el Obispo en el suelo una moneda de cobre en que había la señal de la cruz, la recoge, y entregándola á la niña, le dice:

— Guárdala como una memoria mía, llévala en el cuello como único adorno, y deja el oro y las pedrerías para los esclavos del mundo.

El mismo día los dos prelados siguieron su viaje, y se embarcaron despues para la Gran Bretaña. Era en invierno. La embarcacion vióse azotada por furiosa tempestad que llegó á ponerla en peligro. San German echa en las ondas un poco de agua bendita y la calma reaparece.

Pelagio y Celestio invitan á German y á Lupo á una conferencia pública que éstos aceptan. Los primeros se constituyen en ella con grande fausto, los otros no ostentan más aparato que su fe en JESUCRISTO.

Ábrese la discusion con extensos discursos en que Pelagio y Celestio hacen alarde de su erudicion y procuran impresionar á la concurrencia con efectos oratorios perfectamente preparados. Todo fué inútil. La verdad pudo más que el sofisma con todos sus adornos de relumbron. La disputa pasó á ser un triunfo para German y Lupo, y una vergüenza para Pelagio y Celestio. Aclamaciones entusiastas resonaron por todas partes en favor de los dos santos, y fué preciso su intervencion para que los herejes no recibieran de las masas un fuerte escarmiento.

Antes de restituirse á su diócesis, German y Lupo se dirigen á visitar la tumba de san Albano, primer mártir de la Inglaterra (1), para darle gracias por el buen éxito de su mision apostólica.

(1) Segun se cree, nació este Santo en el siglo III en Verulam, condado de Hertford. Fué decapitado el año 303.

Al volver German á su diócesis, encuentra al pueblo sumido en la mayor afliccion, en virtud de que, para atender á los gastos de la guerra que el imperio romano sostenía contra los bárbaros, se habían aumentado los impuestos de tal manera, que la ciudad no podía sostenerlos. El número de infelices que carecían de lo más necesario era tan exorbitante, que no bastaban todos los recursos de la ingeniosa caridad del santo Obispo á evitar que hubiese desgraciados que muriesen de hambre.

German era considerado en Auxerre como una segunda Providencia.

No en vano aquel pueblo confió en su Obispo. Éste, acompañado de varios de sus clérigos, se encamina á Arles para avistarse con el prefecto de las Galias.

Por el camino unióse á la comitiva un hombre que iba descalzo, que traía desnuda la cabeza, y cubierto apénas su demacrado cuerpo con unos miserables girones. Durante la noche, mientras el Obispo y los que le acompañaban se hallaban entregados á la oracion, el forastero robó el caballo de san German y huyó. Al advertirlo, hubo quien propuso perseguir á aquel hombre, pero el Obispo lo prohibió terminantemente diciendo:

—Habrà sido voluntad de Dios.

Al día siguiente volvía el hombre con el caballo para restituirlo al Obispo y obtener su perdon.

—La culpa es más mía que vuestra, hermano, contestó el Obispo con una benevolencia admirable. Yo debí reconocer vuestra necesidad por vuestro estado de desnudez y no debí esperar á que apelarais á un medio extraordinario para remediarla.

Mandó que entregaran á aquel pobre un vestido y le despidió en paz.

Al llegar á Arles el prefecto no se cansaba de contemplar la augusta majestad de la mirada de san German, su aspecto de nobleza, el poder de persuasion de sus palabras. No hay que decir que obtuvo lo que solicitaba respecto á que se rebajaran los impuestos de su pueblo tan querido.

Amenazando de nuevo el pelagianismo á la Gran Bretaña, se apeló de nuevo al saber y al celo de san German, quien esta vez fué acompañado de Severo, discípulo de san Lupo. Al pasar por Paris san German se apresura á informarse de la niña Genoveva, que había de ser ya una jóven.

Sorprendióse al saber que en Paris la acusaban de hipócrita, de visionaria y hasta de mujer perdida. El santo Obispo, sin hacer caso de la maledicencia pública que se cebaba contra Genoveva, y á la que ella no correspondía sino con su calma de ángel, se dirigió á casa de la jóven y pudo enseñar á sus detractores el mendrugo de pan negro que constituía todo el alimento de la virtuosa muchacha y la piedra que estaba aún humedecida con sus lágrimas.

German y Severo siguieron su viaje; y en la Gran Bretaña, no sólo obtuvieron que los bretones abrazasen la verdadera fe, sino que los pelagianos fuesen desterrados del país.

Después de salvar á los bretones de la invasion de la herejía, les fué preciso á German y Severo pensar en salvarles de la invasion de la barbarie.

Sajones, ingleses y pictos se habían apoderado de una parte del país, llamado hoy Escocia, y de allí se dirigían contra el resto de la Bretaña.

Á ruego de los bretones, German y Severo se dirigieron al campamento, á fin de reanimar el abatido espíritu de las tropas. Era durante la Cuaresma. German y Severo aprovechan aquella ocasion para constituirse en apóstoles de aquel ejército, del que una buena parte era idólatra todavía. Les educan en la fe, les corrigen de sus vicios. No tardaron mucho en granjearse de parte de los soldados las mayores simpatías. Los gentiles pedían el bautismo con un ardor tal, que no se resignaban á aguardar la época de Pascua. Al llegar esta solemnidad, German dispone que se levante una iglesia rústica formada con las ramas de los árboles, y allí bautiza á todos los soldados idólatras.

Apénas acaban de recibir el agua santa de la regeneracion, cuando aquellos soldados tie-

nen que marchar al combate; pero se dirigen á él llena de fe el alma y esperando del Dios de los ejércitos completo triunfo.

Los bárbaros adelantan con la persuasion que inspira la inefable seguridad de la victoria. Sorpréndense al ver que los bretones se atreven á aguardarles, y se figuran que aquello no es más que la loca temeridad de un ejército al que su desesperacion conduce á la muerte.

San German, en sus acertadas medidas, en su actividad incansable, en su imperturbabilidad recuerda su antigua profesion de las armas. Colócase al frente de las legiones que él mismo había bautizado, dispone que se practique un reconocimiento, y al convencerse que el punto por donde deben llegar los bárbaros está circuído de altas montañas, manda que las ocupen los bretones en toda su extension.

Apénas se aperciben los bárbaros de que aquellas alturas están llenas de soldados, German ordena que todos á la vez repitan con toda su fuerza el grito que él va á dar.

Los sajones y los pictos se aproximan. German grita tres veces: ¡ALLELUIA!

Y el eco de aquellas montañas repite imponente, aterrador el grito de ALLELUIA, pronunciado con frenesí por todos los bretones.

Los bárbaros, á efecto de aquella atronadora gritería que parece salir de un inmenso ejército, se desconciertan, introdúcese entre ellos la mayor desorganizacion, legiones enteras empiezan por volver la espalda al enemigo; lo que al principio fué aturdimiento, se convierte muy pronto en precipitada fuga; aquellos bárbaros dejan sus bagajes, arrojan las armas, dándose por muy contentos con poder salvar sus vidas.

San German comprende que el mejor medio de conservar el Catolicismo en la Gran Bretaña y preservarlo de la herejía es establecer allí escuelas públicas, escuelas que fueron muy pronto famosas por su número, por el saber y la santidad de los que las frecuentaron.

Hallábase de nuevo en Auxerre descansando de las fatigas de su apostolado, cuando recibe una diputacion de la provincia llamada la Armórica. Aquellos pueblos se adhirieron á la revuelta de un jefe que se sublevó contra la autoridad del emperador Valentiniano III. Para castigar á los rebeldes enviáronse hordas de bárbaros bajo el mando de Eocarico, rey de los alemanes, que estaba á sueldo del imperio romano, entregándoles la provincia. El peligro era inminente; German cree que es su obligacion no perder momento. Se informa de la direccion que han tomado los alemanes, se encamina á su encuentro, con sorpresa de los bárbaros mismos pasa por en medio de sus hordas con la mayor serenidad, y se hace conducir á la presencia de Eocarico. Acude á las súplicas, le da garantías de completa sumision de parte del pueblo que se había rebelado; todo es inútil. Eocarico, siempre inflexible, sin dignarse fijar la mirada en German, monta á caballo para ponerse al frente de sus tropas y emprender el completo exterminio de la provincia rebelde. Entónces German, con una serenidad extraordinaria, toma la brida del caballo de Eocarico y le detiene. Era un acto de atrevimiento que llegó á impresionar al jefe bárbaro. Eocarico acaba por comprender que German, que no tiene más fuerzas que las súplicas inspiradas por su bondad, vale más que él, que tiene á su disposicion un ejército aguerrido y numeroso, y en obsequio á German, condesciende en suspender las hostilidades, con tal que los rebeldes obtengan gracia del Emperador. German se compromete á ir él mismo á pedirla.

Encamínase á Rávena á encontrar al emperador Valentiniano. Su viaje fué una ovacion como ningun rey la haya obtenido jamas. Despues de haber pasado, veíase á la gente levantando cruces para señalar los sitios en que se había detenido para predicar ó para orar.

Al meterse en un desfiladero de los Alpes, hacia Lusa, encontróse con unos labriegos que volvían de su trabajo. Unióse á ellos á fin de no extraviarse. Llegaron á una estrecha senda que habían de pasar entre dos precipicios. Un infeliz viejo y cojo no se sintió con fuerzas para atravesar aquel sitio peligroso con la pesada carga que traía encima. German, á pesar de que era viejo tambien y que se hallaba extenuado por continuas mortificaciones, carga con el bulto del viejo, y despues de haberlo dejado á la otra parte del peligroso sendero, carga

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundación hasta nuestros días. Colección de litografías representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más. — Van publicadas 98 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — También se facilita ir adquiriéndola por suscripción, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagación de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Colección de litografías representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepción de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobación del Ordinario.

Agotada la primera edición de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado aytecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximación del fin de los tiempos; por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edición revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro González de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.